

# EL EXILIO ESPAÑOL DE 1939 EN EL NORTE DE ÁFRICA

Juan B. Vilar\*

## Planteamiento

La última guerra civil española, la de 1936-1939, es, sin duda, una de las grandes tragedias de la historia de España, pero también del mundo contemporáneo, tanto por su intensidad, duración y devastadores efectos, como por sus amplias implicaciones y repercusiones internacionales. Fue el traumático desenlace de una profunda crisis socioeconómica, política y cultural que venía gestándose desde muy atrás y que terminó polarizando a la sociedad española en dos frentes, no ya antagónicos, sino incompatibles.

No es el caso entrar aquí en la debatida cuestión de las bajas ocasionadas por aquella tremenda catástrofe (¿el decantado millón, 500.000, 300.000, más, menos?), sino en los efectos de la misma en cuanto al masivo éxodo que suscitó, de magnitud nunca vista en nuestro país en los últimos doscientos años. Los exilios o emigraciones políticas han sido, desde luego, uno de los denominadores comunes de nuestra historia contemporánea, como resultado de la más arraigada intolerancia, ya que, como refiero en otro lugar,<sup>2</sup> los españoles son, a un tiempo, víctimas y verdugos de sí mismos. Y, en consecuencia, fatalmente, al menos con anterioridad a la presente situación democrática, siempre, y mande quien mande, una parte de España ha estado fuera de España.

Tampoco corresponde ahora abordar en sus detalles la también muy debatida cuestión de la cuantificación del éxodo de 1936-1939. En otro

lugar he hecho una valoración global del mismo<sup>3</sup> a base de los datos aportados por Javier Rubio, acaso los más completos, actualizados y fiables entre los disponibles, publicados en diferentes monografías aparecidas entre 1974 y 1996, datos que, una vez cotejados con los aportados por otras fuentes y autores podemos resumir así: 684.000 exiliados en el curso de la contienda, que sumados a 40.000 asilados y canjeados dan un total de 724.000. Como quiera que aproximadamente un cuarto de millón retornaron de forma casi inmediata antes de finalizar la guerra, el número total de expatriados a 1º de abril de 1939, al término de las hostilidades, puede fijarse en torno a los 450.000. En su inmensa mayoría, en Francia (430.000), seguidos a considerable distancia de los acogidos en las dependencias francesas del Norte de África (entre 12.000 y 20.000), y muy por detrás los, por el momento, exiguos contingentes refugiados en la Unión Soviética, otros países europeos y América, con 4.000, 3.000 y un millar, respectivamente.

Entre abril y diciembre de 1939, el ritmo de los retornos fue intenso, sobre todo desde Francia: más del cuarto de millón (exactamente unos 268.000), por lo general ex-combatientes y población civil no especialmente implicados en causas políticas, de forma que en 31 de diciembre del expresado año el total de exiliados rondaba las 182.000 unidades. De ellos, 140.000 en Francia, unos 12.000 en el Norte de África, (aparte de 8.000 en tránsito hacia otros destinos), 9.000 en diferentes países europeos, 8.000

en México y 6.000 en otros estados americanos. Aunque en los cinco años siguientes, durante la Segunda Guerra mundial, hubo nuevos exilios bajo los efectos de la acción represora del primer franquismo, el número de los retornos fue superior. Unos y otros flujos se mantendrían dentro de cifras más bien modestas, de forma que a finales de 1944 el balance del exilio puede estimarse en torno a los 162.000 refugiados.

Esa cifra se reduciría año tras año, sobre todo a partir de la relativa apertura del Régimen buscando la aceptación internacional, culminante en 1953 (dos Convenios con los Estados Unidos y Concordato con el Vaticano). Cuando en 1976 llegó a España la democracia, el número de exiliados republicanos se cifraba en unos 50.000, de los cuales 40.000 residían en Europa (en su casi totalidad en Francia), 8.000 en América (en su mayoría en México, donde en otro tiempo habían llegado a computarse 30.000) y 2.000 en África (Argelia, Marruecos y reasentados desde Francia en varios estados subsaharianos francófonos y en Sudáfrica).

Resulta lógico que en la historia del exilio español de 1936-1939, al clasificar los países de acogida, se distinga entre Francia y los demás, dado el peso de la presencia francesa. O, en el mejor de los casos, entre Europa y América. Por el contrario, el Norte de África sólo excepcionalmente ha merecido atención aparte, por entenderse, a partir del libro clásico de José Luis Abellán,<sup>4</sup> o tratarse de una variedad o derivación del exilio en Francia, lo cual en parte es correcto. Igual sucede con las emigraciones laborales o económicas contemporáneas españolas, y europeas en general, dirigidas a los tres países del Magreb, bajo control francés entre 1830 y 1962, y, por tanto, estrechamente conectadas a Francia.<sup>5</sup>

### El éxodo hacia el Norte de África

Se remonta al momento mismo del levantamiento militar en julio de 1936, en que desde Ceuta y Melilla, y desde el Protectorado Español

en Marruecos, escaparon los primeros desafectos al nuevo orden de cosas para buscar refugio en Tánger, en la zona francesa del Protectorado y en Argelia. El éxodo, ya desde la Península y Baleares, prosiguió en meses inmediatos, para incrementarse a partir de 1937. Muy especialmente en las últimas semanas de la contienda, entre el 27 de febrero de 1939, día del reconocimiento del Gobierno de Burgos por Francia y el Reino Unido (tras la ocupación de Cataluña y el cierre de la frontera) y de la renuncia de la presidencia de la República por Manuel Azaña, y el 31 de marzo, en que tiene lugar con la ocupación de Almería, Murcia y Cartagena, últimos reductos del régimen caído.

La huida de la flota republicana desde Cartagena a Bizerta, el 5 de marzo, permitió al mando nacionalista, tres días más tarde, decretar el bloqueo sobre la totalidad del litoral mediterráneo, todavía no ocupado por su ejército. Pero no fue interferida, salvo contadas excepciones, la evacuación de refugiados en toda suerte de embarcaciones, operación apoyada en ocasiones por buques de guerra británicos y franceses.

Durante las últimas semanas de la guerra, el doctor Juan Negrín, jefe del Gobierno, en vano se esforzó en levantar la moral de resistencia de la extensa Zona Centro-Levante, todavía controlada por la República, apoyándose de forma exclusiva en comunistas y sectores socialistas afines. Tales esfuerzos fueron en vano, de forma que socialistas reformistas de Julián Besteiro, ugetistas, cenetistas y republicanos burgueses hicieron causa común con un Consejo Nacional de Defensa formado para llenar el vacío dejado por el autoexilio de Negrín y su Gobierno. El coronel Segismundo Casado, presidente de ese Consejo, acordó buscar una paz negociada con Franco y poner fin a tanto sacrificio estéril. Al propio tiempo, como controlase el ejército del Centro, el único todavía en pie de guerra, reprimió con dureza el levantamiento de las divisiones comunistas que propugnaban la resistencia a ultranza. Pero como quiera que Franco rechazó todo acuerdo negociado y exigió la rendición

sin condiciones, el Consejo se disolvió, Casado y los suyos huyeron por Valencia y Gandía, y días más tarde Besteiro asumía la penosa misión de entregar al general vencedor los escuálidos poderes que restaban a la República.

Como queda referido, el masivo éxodo hacia el Norte de África se abre con la huida de la flota republicana desde Cartagena en 5 de marzo de 1939. El destino preferido fue Orán y su región, es decir la Argelia occidental limítrofe con Marruecos. Tanto en razón de la proximidad geográfica, como por afinidades de todo tipo: clima, paisaje, pasado común —Orán había pertenecido a España durante tres siglos, entre 1505 y 1791—, y por la presencia allí de un colectivo español tan numeroso que ponía una inconfundible impronta hispánica en el aspecto de la región, su cultura, tradiciones y costumbres.

En efecto, Argelia, en el momento de iniciarse la contienda civil en España, contaba con un colectivo de 92.290 españoles, aparte otros 150.000 franceses de origen español (los *neos*), con gran peso en el conjunto europeo del país, valorado en 946.000. Sobre todo en la Oranie, Oranesado o región de Orán. De igual forma que sucedió en Francia y en la América Latina, «...la colonia española, y la opinión pública en general —referimos en otro lugar—,<sup>6</sup> dividió sus simpatías entre los dos bandos enfrentados, a los que aportó solidaridad (mítines, campañas de prensa y radiofónicas, etc.), apoyo económico y voluntarios. Orán y Sidi-bel-Abbés se convirtieron en referencias obligadas de los servicios de espionaje de ambos bandos, para el canje de prisioneros o para pasarse de zona».

Los refugiados en Argelia y, por extensión, los acogidos en Marruecos, de igual forma que los de Francia, y a diferencia de quienes pasaron a América, componían una emigración fundamentalmente popular. Incluía algunos líderes políticos y sindicales, por lo general de segunda fila, pero pocos intelectuales, y muy excepcionalmente personalidades señeras del mundo de las letras, las artes y las ciencias. Algunos llega-

ron, pero casi siempre de paso hacia Iberoamérica y los Estados Unidos, o bien reemigrados a Europa un tiempo después. A Francia y la URSS principalmente.

Al igual que en Francia, los refugiados en Argelia pueden ser tipificados en tres grupos diferentes, de acuerdo con el destino que les fue asignado. En primer lugar, los civiles, que hallaron trabajo en la empresa privada (agricultura, industria, comercio, servicios), que fueron los menos en razón de la baja cualificación del promedio de los inmigrados. De otro lado, los ex-combatientes, militarizados e internados en campos de trabajo, que fueron los más, y con carácter casi obligatorio a partir del decreto francés de 12 de abril de 1939. Finalmente, quienes en razón de su ideología (comunistas, ácratas) eran considerados especialmente peligrosos, o bien los problemáticos por su comportamiento conflictivo o por su bajo rendimiento en el trabajo, fueron objeto de especial vigilancia y represión en campos de castigo. En total, como ya ha quedado referido, 8.000 asilados en Argelia, a quienes hay que sumar 4.000 en Túnez y en torno al millar en Marruecos, si bien estos últimos en parte desviados hasta aquí desde Argelia.

En tanto las mujeres y niños, y en ocasiones familias en bloque, eran conducidos a centros de albergue, la masa de ex-combatientes y los varones en edad militar, como en la Francia metropolitana, fueron internados en campos de trabajo. En Argelia, los más importantes fueron los de Morand y Suzzoni, dependientes, aunque alejados, de las localidades de Boghari y Boghar, el primero de los cuales llegó a reunir 3.000 internos. Más tarde sería abierto, en el departamento oranés, el de Rélizane, a donde se trasladó a los de Suzzoni y en parte a los de Morand. A ellos hay que sumar los campos de castigo, entre los cuales cabe destacar los de Meridja y Djelfa. En este último, acaso el más inhóspito, estuvo el escritor Max Aub, quien relataría más tarde la dura experiencia de su paso por el mismo.<sup>7</sup>

La dramática experiencia del exilio a través de un grupo concreto. La aventura del *Stanbrook*. Alicante-Orán, marzo 1939

Marzo de 1939 fue para la ciudad de Alicante un mes dramático. Tanto por haberse agravado la situación de escasez y miseria que venía padeciendo durante los tres años de guerra por causa del desabastecimiento, y al interrumpirse ahora casi todas las actividades económicas, como por persistir los frecuentes bombardeos de la aviación enemiga, quizá no ya tan mortíferos pero igualmente destructivos. En la memoria de todos se hallaba presente la incursión no lejana que, al incidir de lleno sobre el Mercado de Abastos, a hora en que se hallaba repleto de gente, causó tal carnicería que la sangre bajaba a raudales por la actual Rambla de Méndez Núñez hasta el puerto. La llegada ahora desde la España republicana, todavía no ocupada, de una avalancha de refugiados heridos, lisiados y hambrientos con la esperanza de poder escapar por mar, colocó a esta localidad de retaguardia al límite de sus posibilidades de supervivencia.

Un síntoma más en Alicante del desmoronamiento general de las instituciones tras el golpe de Casado fue la suspensión o destitución (con frecuencia seguida de encarcelamiento) de la mayor parte de sus autoridades civiles y militares. Comenzando por Etevlino Vega, comandante militar de la plaza, y el gobernador civil, Ricardo Mella. Uno y otro, por simpatizar con las tesis comunistas. Por acuerdo del Consejo Nacional de Defensa, el socialista Manuel Rodríguez, ex-alcalde de Elche y ex-gobernador de Castellón, se hizo cargo del Gobierno Civil, y por tanto del control político de Alicante y su provincia, quedándole subordinado el nuevo comandante militar de la plaza, teniente coronel Antonio Rubert. Firmemente apoyados por socialistas y anarcosindicalistas, se dieron a la caza de los militantes del PCE, destituidos de todo cargo de responsabilidad y encarcelados aquí como en el resto de la España republicana, excepto unos pocos líderes que pudieron escapar

solos o con sus familias a Francia y a la Argelia francesa desde el aeródromo albaceteño de Los Llanos y desde los murcianos de San Javier y Los Alcázares, o desde los improvisados en Monóvar, Elda, Castalla o la propia Alicante.

En cuanto al Ayuntamiento, Ángel Company, alcalde, o por mejor decir presidente del Consejo Municipal de Alicante, que tal era el título que llevaban los alcaldes (y consejeros los concejales), destituido de su cargo días antes por el extinguido gobierno Negrín, volvió al Ayuntamiento pero se excluyó de la corporación a los consejeros comunistas, tal como sucedió en los restantes municipios de la provincia. En cualquier caso, la situación era insostenible, y Company apenas pudo mantenerse en su puesto dos semanas. Fue sustituido por Ramón Hernández Fuster, que presidiría el último consejo municipal, celebrado el 23 de marzo.<sup>8</sup>

Ante ese vacío de poder, extensible a todas las instituciones civiles, no quedó en Alicante más autoridad que la militar, y sin otra función reseñable que mantener en lo posible el orden público y posibilitar una evacuación ordenada de la población y de los millares de fugitivos que confluían sobre la ciudad. Evacuación ordenada pero selectiva, por no decir arbitraria, e incluso despiadada, por darse prioridad a vecinos respecto a forasteros, siempre que fueran militantes socialistas, ácratas o republicanos burgueses de izquierda, mientras que los comunistas eran excluidos, y, por tanto, condenados a la represión de las tropas *liberadoras*, que sin duda sería terrible e implacable.

Lo cierto es que durante días y semanas el éxodo resultó ser muy lento, dificultado por la ausencia de embarcaciones suficientes y adecuadas. Las utilizadas eran de escasa capacidad y se contrataban mediante acuerdos privados y puntuales contra entrega de un mínimo de 500 pesetas por persona, prefiriéndose al devaluado dinero republicano el pago en especie: joyas, obras de arte y otros objetos valiosos, o productos del país (almendras, azafrán, pasas y vino

sobre todo). Pocas veces esas embarcaciones (pequeños y medianos mercantes y pesqueros) sobrepasaban el medio centenar de pasajeros. Así, en el caso de los cargueros británicos *Harrington*, que tomó 120 refugiados, y, sobre todo, el *Lezardrieux*, el *Ronwyn* y el *African Trader* que trasladaron 350, 716 y 853, respectivamente. El destino era siempre la ciudad argelina de Orán o su antepuerto de Mazalquivir (Mers-el-Quebir), por ser la singladura más corta.<sup>9</sup>

El éxodo se precipitó a partir del día 25 de marzo en que se conoció que se habían roto las negociaciones del Consejo Nacional de Defensa con el Gobierno de Burgos. Ello, sumado al movimiento de tropas al día siguiente en los frentes de Almadén y Ocaña, y a la caída de Madrid el día 28, desencadenó la desbandada final. Millares de fugitivos se precipitaron sobre Alicante, dado que las posibilidades de evacuación de los restantes puertos, incluidos los de Valencia y Cartagena, eran muy limitadas, por falta de buques. Impuso, a su vez, esta opción la noticia de la evacuación días antes de casi dos millares de personas por el puerto alicantino en las tres embarcaciones británicas y francesas mencionadas. También la proximidad a aquellas aguas de unidades de las escuadras de Francia y el Reino Unido, la presencia en la urbe alicantina de un elevado número de personalidades republicanas y los rumores sobre la inminente llegada de barcos, y que en ese puerto serían respetados plazos de evacuación, aparte de que la misma se efectuaba bajo supervisión internacional.

A la esperanza siguió el desaliento. Tanto por la casi inexistencia de buques disponibles como por la prioridad concedida a los fugitivos alicantinos respecto a los llegados de otros puntos de España. De otro lado, los comunistas continuaban excluidos cuando no encarcelados, y sus locales seguían siendo asaltados y clausurados, y sus asociaciones disueltas.

El martes 28 fue un día trágico. En tanto la radio daba los pormenores de la entrada de las tropas de Franco en Madrid, una multitud

evaluada entre 50.000 y 70.000 personas vagaba por Alicante, presa del pánico, para estacionarse finalmente en el puerto, en número no inferior a 15.000, a la espera de unos buques que no llegarían. En vano fueron aguardadas las unidades de la «Mid Atlantic Company» y de la «France Navigation», empresas cuyos servicios tenía contratados la República, pero que se abstuvo de prestarlos en esta ocasión so pretexto de atrasos en los pagos. Los parques medios de transporte disponibles, como aviones militares y alguna pequeña embarcación, sólo se encontraban al alcance de unos cuantos privilegiados.<sup>10</sup>

No había tiempo que perder. Aquel mismo día, Orihuela, anticipándose a la llegada de las tropas de Franco, se adhería al Gobierno de Burgos. Era la primera localidad alicantina en hacerlo, siendo presumible que su ejemplo no tardaría en cundir...

En Alicante se multiplicaban por doquier lastimosas escenas de angustia y miedo, hasta el punto de registrarse medio centenar de suicidios en ése y en los dos días siguientes, que precedieron a la ocupación total de la plaza por las tropas franquistas. Tan sólo dos buques estacionados en el puerto, el *Maritime* y el *Stanbrook*, parecían garantizar una evacuación parcial, pero numerosa y ordenada. Y el primero, finalmente, ni eso, ya que su capitán sólo se avino a embarcar a personalidades notorias. En total, una treintena de personas. Llegados de Madrid unos, en tanto otros pertenecían a los cuadros de la administración alicantina, sumándose a última hora a ambos grupos algún político o sindicalista conocido. Comenzando por M. Rodríguez, el gobernador de Alicante, quien antes de embarcarse ordenó la puesta en libertad de los detenidos comunistas en esta localidad y provincia, para que también pudieran escapar o, al menos, tuvieran la oportunidad de hacerlo.

En vano el «Comité Internacional de Coordinación, Información y Ayuda a la España Republicana», básicamente franco-británico, destacó en Alicante varios delegados, entre los cuales el

diputado Charles Tillon, al objeto de procurar la seguridad, atención sanitaria y aprovisionamiento del vecindario y de los millares de refugiados acogidos en la ciudad. Se esforzaron en ese empeño, pero con pocos resultados.

Los delegados tampoco supieron, o pudieron, gestionar acertadamente una amplia evacuación de población civil y ex-combatientes en los buques contratados con varias compañías por el ya inexistente Gobierno de la República, o bien por la Comisión a la que pertenecían, y ni siquiera que sus gobiernos destacaran en Alicante las unidades navales de guerra prometidas reiteradas veces al objeto de garantizar la seguridad de tal operación. Aunque contaron con la colaboración de las autoridades locales, o lo que restaba de las mismas, que extendieron varios millares de pasaportes y tarjetas de embarque avaladas por las asociaciones obreras, y de varios cónsules y agentes consulares acreditados en Alicante (los más comprometidos y activos los de Francia, México y la República Argentina), que otorgaron numerosos visados, su labor y esfuerzo por el momento no era seguro que dieran los frutos buscados.

Y ello pese a contar con sólido apoyo exterior, dado que, ante el inminente y total derrumbamiento de la España republicana, un grupo de personalidades de la cúpula socialista emigrada a París intentaba poner los medios que posibilitaran una masiva evacuación por Alicante. En efecto, desde el mes de febrero de 1939, y sin perjuicio de los acuerdos sobre el transporte existentes con las dos navieras franco-británicas ya mencionadas, el 5 del expresado mes fue suscrito otro con José Calviño, presidente de CAMPSA-Gentilbus, al objeto de comprometer más buques en ese empeño. Uno de los concertados era el *Stanbrook*, de construcción y bandera británica, pero al servicio del mejor postor. Éste, como los demás, deberían ir a Alicante y embarcar el mayor número posible de refugiados con destino a Orán. Para asegurar la recepción de los mismos en este puerto argelino, el dirigente socialista Rodolfo Llopis se des-

plazó al mismo, acompañado de Marius Debois, diputado por el distrito oranés, y del dirigente sindicalista León Johuaux, quienes se prestaron a facilitar sus gestiones cerca de las autoridades norteafricanas.

En cualquier caso, para entonces, el más completo caos había hecho presa en Alicante: asalto de almacenes, tiendas y farmacias en busca de alimentos y medicinas, enfrentamientos por cuestiones ideológicas entre los propios republicanos, y de éstos con grupos activistas de Falange que, aquí y allá, comenzaban a dejarse notar a modo de quinta columna. Las contadas autoridades que todavía permanecían en sus puestos no daban abasto para contener tanto desorden. En particular, el coronel Burillo, en funciones de gobernador militar, cuya ya de por sí difícil misión se tornó casi imposible al autodisolverse el Batallón de Retaguardia, único instrumento coercitivo con el que contaba para mantener el orden público y hacerse obedecer. Su ejemplar comportamiento no tuvo el reconocimiento que merecía, de forma que al entrar los nacionales en la plaza fue hecho prisionero y fusilado con tantos más tras un juicio sumarísimo.

Antes de que esto sucediera, Burillo y sus colaboradores lograron que la zona del puerto, ocupada por varios millares de refugiados, funcionara con cierta autonomía, como si fuera zona neutral bajo garantía internacional. Se procedió al reagrupamiento de los allí acampados y a elaborar listados de personas aptas para embarcarse, provistas ya de pasaportes y visados, con el fin de facilitar una evacuación que se creía inminente. Pero los transportes contratados no se presentaron. Ni siquiera el *Winnipeg*, listo en Orán para tal misión y con capacidad para recibir hasta 3.000 o más pasajeros (2.000 llevaría meses más tarde desde Francia a Chile) se atrevió a zarpar, por falta de escolta naval, que ni Francia ni ningún otro Estado se atrevió a facilitarle. El destructor francés *Le Tigre*, único buque de guerra extranjero que se aproximó a aguas alicantinas, no pasó de Gandía. De forma que, aunque desde

el día 29 de marzo el Comité internacional contaba con varios mercantes frente a Alicante para realizar la evacuación, no se atrevieron a entrar en el puerto sin esa protección. Todos, excepto el *Maritime* y el *Stanbrook*. Este último había llegado a Mazalquivir a mediados de marzo, para zarpar días más tarde con destino a Alicante, donde ya se encontraba el 26 siguiente.

Se trataba de un pequeño carguero de 1.383 toneladas, 70 metros de eslora y 10 de manga, ya viejo por haber sido construido en 1909 en los astilleros ingleses de Newcastle para la «Tyne Iron Shipbuildin», que lo destinó al transporte de carbón, tarea que cumplió hasta que en 1936 fue vendido a la «Stanhope S. S. Co». Remozado un año después por los nuevos propietarios, fue transferido a una de las navieras mixtas que trabajaron para la República española durante la Guerra Civil, aunque navegando con banderas neutrales para mayor seguridad. En Mazalquivir se presentó con la enseña británica, que fue la que utilizó en la singladura a Alicante y retorno. Su capitán, el avezado marino galés Archibald Dickson, muy agasajado por la Federación Socialista local durante los días en que permaneció en el puerto alicantino, consintió en recibir en su buque pasajeros hasta el límite de sus posibilidades (casi 3.000 personas –incluida la tripulación– abarrotaron bodegas, camarotes y cubiertas), y, además, sin hacer distinciones ideológicas, primando en este caso las razones humanitarias sobre los criterios selectivos, de acuerdo con el gobernador Manuel Rodríguez.<sup>11</sup>

### El *Stanbrook* y sus 2.638 pasajeros

Se conserva una relación nominal completa del pasaje, elaborada por la policía francesa en el momento de la llegada del buque a su destino: en total, 2.638 pasajeros, relación hallada por quien suscribe y publicada en 1983 en el número 2 de la revista *Anales de Historia Contemporánea* de la Universidad de Murcia, a la que remitimos al lector interesado.<sup>12</sup> Que el exten-

so y prolijo documento tiene un interés singular parece probarlo el que haya sido fuente básica de varios libros y estudios tanto científicos como eruditos e incluso novelados, uno de los cuales lo reproduce parcialmente. En la relación de referencia constan los apellidos y nombre de los pasajeros, su edad y profesión. También la nacionalidad, en el caso de los extranjeros. Por el contrario, no recoge de forma expresa información alguna sobre la tripulación (ni siquiera el nombre del capitán), aunque sin duda alguno o algunos de ellos figuran en la relación de pasajeros, si es que optaron por quedarse en tierra al llegar a su destino.

Era ése un pasaje de lo más variopinto, por estar integrado por personas pertenecientes a todas las categorías sociales y profesionales. Desde varios jefes militares a numerosos oficiales, clases y simples soldados adscritos a los tres Ejércitos en sus diferentes armas y cuerpos, incluidos numerosos marinos y aviadores. Desde Gobernadores Civiles de provincia, presidentes de Tribunales de Justicia y catedráticos y profesores de Universidad y Bachillerato, a otros funcionarios y servidores del Estado que pueden ser encuadrados en las más diversas escalas y grados de la Administración civil y judicial. Incluidos una decena de magistrados, seis diputados a Cortes y numerosos técnicos superiores, así como maestros de primeras letras, abogados, médicos, ingenieros, arquitectos, farmacéuticos, veterinarios, periodistas, músicos, artistas y otros profesionales de las artes liberales por cuenta propia o funcionarios de la Administración.

Pero también, y sobre todo, multitud de personas de las más diversas profesiones y oficios. Desde tipógrafos, libreros, contables y oficinistas a ferroviarios, chóferes, mecánicos, zapateros, sastres, panaderos, albañiles, mineros, etc., hasta dependientes de comercio, jornaleros agrícolas o mozos de café. Eso sí, muy mayoritariamente procedentes del ámbito urbano, que no del rural. De otro lado, a la vista de la relación nominal, puede constatar que



algunos de los refugiados con titulación superior o en el desempeño de un cargo político importante, optaron por declarar un oficio *útil* (mecánicos, electricistas, chóferes...) con la esperanza de hallar así ocupación más fácilmente, y no ser reclusos en campos de refugiados. O, simplemente, para pasar más desapercibidos, si se daba el caso de que las autoridades francesas optaban finalmente por repatriar a los reclamados desde España (los comisarios políticos del Ejército republicano, por ejemplo), o a los socialmente más *peligrosos* en el punto de destino (los anarco-comunistas, sobre todo).

De los 2.638 computados, 2.240 eran varones y 398 mujeres, incluidos en ambos grupos dos centenares de niños y menores. La presencia de éstos, y de las mujeres, pone de manifiesto que entre los emigrados figuraban grupos familiares, pero consta que también marcharon mujeres solas. La mayoría aparecen como «sin profesión», es decir, sus labores domésticas y amas de casa. Pero no faltaban entre ellas más de medio centenar de enfermeras, maestras, telefonistas, telegrafistas, oficinistas, modistas, obreras fabriles, dependientas y de otras profesiones, incluida alguna «artista», probablemente

cupletista o vinculada con el mundo del teatro y actividades similares.

No se alude en ningún caso a la ideología de los pasajeros. Pero, a juzgar por indicios indirectos, muy mayoritariamente, al menos entre los varones, en su mayoría eran militantes de partidos republicanos burgueses o carecían de filiación. El resto socialistas, anarco-sindicalistas y comunistas, por ese orden. También varios regionalistas valencianos y catalanes, y algún nacionalista vasco. Unos y otros tendían a agruparse en torno a sus líderes naturales, que cumplían funciones de portavoces o mediadores de los demás, al menos mientras permanecieron en el barco. Así, el ex-alcalde de Villena y presidente de la Diputación alicantina, José Cañizares Domene; el murciano Melchor Guerrero, diputado a Cortes; pero, sobre todo, la decena larga de médicos y farmacéuticos que iban a bordo (el alcoyano Salvador García, etc.), que así como un buen número de enfermeras y enfermeros que también figuraban entre los embarcados, prestaron inapreciables servicios humanitarios a sus compañeros de infortunio, hacinados, desprovistos de toda atención sanitaria y en razón



de la durísima cuarentena sufrida a su llegada a Orán.

Se mencionan 94 extranjeros, que pueden ser incluidos, casi todos ellos, en servicios y profesiones liberales. Sobre todo intelectuales, militares y técnicos que habían permanecido en el país como periodistas y asesores después de la evacuación de las Brigadas Internacionales. Dos tercios europeos, y el resto iberoamericanos. Excepcionalmente se contabilizan dos marroquíes y un apátrida. El grupo argentino era el más numeroso (15 en total), seguido del alemán y francés (12 y 10). Si sumamos los cubanos e italianos, que vienen a continuación (nueve unidades cada uno), tendremos más de la mitad de los efectivos reseñados.

Es de señalar que en la relación nominal de referencia aparecen, entre los de nacionalidad española, individuos que se daban por ausentes desde tiempo antes. También otros, de quienes se ha dicho que abandonaron el país por diversos medios o en diferentes momentos, habiéndolo hecho realmente en ese momento.

Cuando el *Stanbrook* soltó amarras y se hizo a la mar a las once de la noche del 28 de marzo, dejó en pos de sí una multitud enloquecida por la desesperanza. Los afortunados que lograron embarcar pudieron percatarse, conforme se alejaba el buque, al observar las luces encendidas de los faros de camiones y coches que circulaban por los accesos al puerto, que nuevos fugitivos llegados desde todo Levante, Murcia y Albacete, venían a sumarse a los millares de refugiados allí acampados.

Ese mismo día 28, horas más tarde que el *Stanbrook*, zarpaba con igual destino el *Maritime*, sin otro pasaje que 32 personalidades republicanas, entre las cuales se encontraba el ya ex-gobernador, Manuel Rodríguez, por haberse negado su capitán a recibir más pasajeros. Esto sucedía ante la consternación de millares de fugitivos aglomerados en el puerto y presa de la desesperación. Y más lo hubieran estado de haber sabido que con la marcha de este buque se

esfumaba su postrer posibilidad de abandonar Alicante, dado que todos, o casi todos, se afeerraban a la esperanza de que alguien les habría de posibilitar una oportunidad para escapar y ponerse a salvo.

Al día siguiente, 30 de marzo, al atardecer, entraba en Alicante la división auxiliar italiana Littorio, sin hallar oposición alguna. Antes al contrario, grupos quintacolumnistas locales se anticiparon a ocupar edificios oficiales. En uno de ellos, el Gobierno Civil, el que fuera último titular republicano del mismo, José Sempere Berenguer, procedió al traspaso de poderes al falangista excarcelado, José Mallol Alberola.

En tanto la ciudad y sus reductos iban siendo ocupados, la muchedumbre concentrada en la explanada del puerto, contra toda evidencia razonable, mantuvo hasta el último momento un resquicio de esperanza en que sería permitido su embarque. Se sabía de buena fuente que el general Gambará, comandante en jefe de las tropas ocupantes, bien para evitar a sus soldados un choque frontal con los grupos de fugitivos dispuestos a resistir, bien para soslayar las dificultades casi insuperables de dar cobijo y comida a millares de prisioneros, o bien por razones de humanidad, se mostraba dispuesto a mirar en otra dirección y permitir el embarque, siempre que la Comisión Internacional de Socorro a los Refugiados organizara la operación de forma rápida y eficaz.

Por un momento pareció que ello sería posible, al divisarse varios mercantes en el horizonte. Pero la presencia de los cruceros *Canarias* y *Cervera* les impidió entrar en el puerto y no tardaron en dar la vuelta, como también una unidad de la Armada francesa desplazada hasta aquel punto en el último momento para dar protección a los ya inexistentes transportes. De otro lado, el general Antonio Saliquet, jefe del franquista Ejército del Centro, al tiempo que ordenaba a Gambará que no concediera más plazos de demora y sometiera con las armas a quienes ofrecieran resistencia, procedía

a enviar tropas españolas para desplazar a los condescendientes italianos.

No fue necesario utilizar la fuerza. Definitivamente esfumada la última esperanza de ponerse a salvo, la multitud concentrada en el puerto y sus inmediaciones cayó en el mayor abatimiento, silencio salpicado aquí y allá por los disparos de los suicidas, presa de la desesperación. En 31 de marzo, grupo tras grupo, todos fueron desarmados, y no pocos, y sus mujeres, vejados y robados por desaprensivos legionarios, que les despojaron de relojes, alianzas, pulseras y cualquier otro objeto de valor. Dieciséis mil quedaron cautivos, de los cuales 2.000 eran mujeres y niños. Exceptuados unos cientos encerrados en prisiones de máxima seguridad (el alicantino castillo de Santa Bárbara, principalmente), los demás fueron remitidos al campo de concentración de Albaterra, de triste recuerdo. Hasta los cónsules extranjeros fueron detenidos, y el francés, además, encarcelado bajo la acusación de socorro a la insurrección, toda vez que no les fue reconocida inmunidad diplomática, por no hallarse acreditados ante la España de Franco.<sup>13</sup>

#### Llegada a Orán, internamiento en campos de concentración y sucesos posteriores

Como buque fantasma, el *Stanbrook* avanzaba muy lentamente en el silencio de la noche. Tanto por la sobrecarga que llevaba como por haberse salido de ruta deliberadamente para evitar en lo posible cualquier encuentro desagradable, o la presencia de algunos de los aviones enemigos que vigilaban la costa y que hubieran podido ir en su búsqueda. De hecho, uno de ellos le lanzó unos proyectiles en el momento de zarpar, los cuales afortunadamente no dieron en el blanco.

En cuanto a la sobrecarga, que el barco podía zozobrar en cualquier momento lo acredita el que siendo su capacidad para no más de cien pasajeros en circunstancias normales, llevaba más de 2.500. No pocos de ellos habían subido

a bordo minutos antes de zarpar, cuando estaba ya abarrotado. Se trataba de fugitivos recién llegados en coches y camiones, acreditados unos, y armados todos, a quienes el capitán Dickson no quiso o no pudo dejar en tierra. Los últimos subieron a bordo cuando ya no cabía un alfiler, ayudándose de las jarcias que sus compañeros les lanzaban desde cubierta, hallándose el buque en plena maniobra para salir a mar abierto. Tan saturado estaba de gente en bodegas, compartimentos e incluso en la cubierta, que los recién llegados hubieron de permanecer en ésta, y a condición de hacerlo de pie o en cuclillas, posturas en las que tuvieron que pasar la primera noche. Al siguiente día, al atardecer, avistaron Orán. Una singladura que a toda máquina se hubiera hecho en corto tiempo, se prolongó durante 22 interminables horas.

Al acercarse al puerto, el panorama que se les ofreció a la vista resultó ser impresionante: una gran ciudad de hermosos bulevares, coronada por la formidable fortaleza de Santa Cruz (dicho así, en castellano), recuerdo de trescientos años de dominación española. España ya no ocupaba Orán, pero sí los españoles, omnipresentes por doquier, y que controlaban la mayor parte de las actividades económicas y culturales, no ya de la ciudad y su comarca, sino en toda la Argelia occidental, por ser de tal procedencia, o con ese origen, más de la mitad de los colonos europeos de la región desde el momento mismo en que los franceses iniciaran la ocupación del país en la década de 1830. Cien años después, todavía en 1931, pese a la desviación desde los años ochenta del siglo XIX del grueso de la emigración peninsular hacia la América hispana, y no obstante la presión asimilista francesa a partir de la Ley de Naturalización Automática de 1889, el elemento español dominaba el panorama de la colectividad europea, no sólo en la región de Orán, Oranie u Oranesado, sino en el conjunto del país.

Ahora bien, la acogida oficial dispensada a los recién llegados resultó para éstos profundamente decepcionante. Las autoridades de Orán,

siguiendo instrucciones del gobierno Déladier, no se mostraron favorables a recibir más refugiados españoles, impidiendo desembarcar a los del *Stanbrook*, de igual forma que tampoco lo permitieron a quienes durante las últimas semanas habían llegado por vía marítima desde Alicante y otros puertos del sureste peninsular. Esos buques todavía se hallaban atracados en el muelle de Ravin Blanc, reservado a tal fin, y sus pasajeros sólo excepcionalmente eran autorizados a bajar a tierra, salvo que tuvieran previsto repatriarse o reembarcarse con otro destino. La llegada de casi 3.000 cuando la guerra se daba ya por concluida, fue la gota que colmó el vaso.

Exceptuadas las personalidades relevantes, que, por lo demás, expresaron sus intenciones de continuar viaje a Francia, o bien marchar a la Unión Soviética o América, y que por lo general contaban con recursos propios o los que no tardaron en remitirles las asociaciones organizadas en Europa para su socorro, los demás tuvieron que aguardar *sine die* en los barcos y en condiciones inhumanas la preceptiva autorización para poder desembarcar. Mejor suerte tuvieron quienes por las mismas fechas llegaban en aviones. Eran éstos altos cargos que permanecían en Orán el tiempo imprescindible para reemprender viaje a la Unión Soviética, México u otro país de Europa o América. Así, Rafael Alberti y su esposa, María Teresa León, Núñez Mazas y Antonio Cerdón, o bien Dolores Ibárruri en compañía de Jesús Monzón, Antonio Moreno y otros camaradas. Lo mismo había hecho antes Claudio Sánchez Albornoz, entre tantos más.

Una de las últimas hornadas (medio centenar) fue la que en 25 de marzo salió del aeródromo de Los Alcázares. Entre ellos Palmiro Togliatti, Pedro Checa, Fernando Claudín, Santiago Carrillo, Francisco Galán, Vicente Uribe y, al parecer, también Jesús Hernández, aunque luego se dijo que este último salió de España días más tarde en el *Stanbrook* con nombre supuesto.

La actitud reticente, e incluso hostil, de las autoridades francesas de Orán respecto al nutrido pasaje de este último buque, se justificaba con argumentos tales como la casi imposibilidad de recibir más refugiados en una ciudad ya saturada, tanto más por cuanto habría que facilitárseles alojamiento, comida y cobertura sanitaria. A esto sumaban el inconveniente técnico de poder asilar un barco que viajaba con documentación y bandera inglesas, y que, sin embargo, era rechazada su entrada en Gibraltar, La Valetta u otro puerto británico más o menos próximo a donde se pretendía desviarlo. Pero, en el fondo, el principal inconveniente, aunque no declarado, se debía a la ideología del pasaje, que chocaba con la bastante menos radical de la Administración francesa del momento, por no hablar de la que imperaba en la corporación municipal oranesa, presidida por el abate Lambert, un sacerdote secularizado o en vías de serlo. Subyacía, en fin, el temor a que los *rojos* españoles contaminaran con sus ideas al vecindario oranés europeo y judío, y, sobre todo, a que reavivasen los sentimientos nacionalistas de la población musulmana, doblegada, pero no convencida ni asimilada.

Salvo unas decenas de personalidades políticas, militares y sindicales más o menos notorias, y un número indeterminado de enfermos, ancianos, mujeres y niños (dos centenas, o acaso más) autorizados a desembarcar para ser remitidos a un centro de acogida, en vista de instrucciones llegadas de París en unos casos, y por causa de la presión popular oranesa y de la prensa de izquierdas en otros (*Oran Republicain*, en primer lugar), los demás continuaron confinados en el barco. El centro de acogida, expresión eufemística para designar lo que no dejaba de ser una prisión, y de hecho fue habilitado en el viejo edificio de la antigua cárcel local, en la calle General Cerez, recibió transitoriamente al ex-ministro y dirigente comunista Jesús Hernández, al general Mangada y a otros jefes militares, y personalidades civiles, sindicales y de la judicatura llegadas en el *Stanbrook*, o

por otros medios, hasta que les resultó factible abandonar el país, incrementándose entonces el número de mujeres y niños allí acogidos desde el primer momento, así como ancianos, tullidos y enfermos. En éste como en los otros depósitos, cuya apertura no se dejó esperar, las condiciones de habitabilidad, en parte por la propia improvisación de esos establecimientos, dejaba mucho que desear. La saturación del ubicado en la antigua cárcel (Centro n.º 1) obligó a desviar varios grupos (mujeres, sobre todo) a otro en Ain-le-Turk.

No obstante, los acogidos en el albergue fueron unos afortunados, comparada su suerte con la de quienes permanecieron a bordo. Éstos, sin apenas agua y comida, severamente racionadas (una rebanada de pan por persona y una lata de arenques, sardinas o paté para cada cuatro era el menú diario), enfermos no pocos de ellos y sin medicinas, eran, además, presa de los parásitos, y hacinados hasta extremos de promiscuidad inconcebible. Baste decir que para ir a los dos únicos retretes existentes en el buque había que guardar colas de más de un día, y si la necesidad apremiaba, mujeres, ancianos y niños se hacían cubrir con una manta por familiares y amigos para no quedar a la vista de todos mientras se aliviaban, o bien en el caso de los hombres evacuaban directamente en el mar sentados sobre la barandilla de cubierta y agarrándose a ésta, de igual forma que lo hacen fuera de la jaula algunas aves silvestres en cautividad.

El temor a que se declarase una epidemia, a juzgar por los informes de los sanitarios que esporádicamente subían a bordo a practicar inspecciones, y, sobre todo, la presión de la población civil, al principio brutalmente rechazada a culatazos por el cordón de seguridad formado en el puerto con alambradas y vigilado por gendarmes, legionarios y soldados senegaleses en las inmediaciones del buque en cuarentena para impedir que se le acercase ninguna barca con socorros, vigilancia que no obstante fue burlada en más de una ocasión, obligó a autorizar un

desembarco masivo, pero gradual, a partir de la segunda semana. Entretanto, algo fue mejorada la parca dieta de quienes continuaban a bordo, con la distribución irregular de bolsas de comida facilitadas por las asociaciones de ayuda a los refugiados, sindicatos, grupos políticos pro-republicanos y el vecindario, tanto el de origen español como el no hispano. Entre los socorristas españoles, sobre todo, gente de estatus social modesto, que no los más pudientes.

Otro grupo similar al primero (ancianos, enfermos, algunas mujeres y niños) fueron instalados en un segundo albergue, ubicado en un destartado inmueble de la *rue Tunis*. A partir de la tercera semana se habilitó un tercer albergue en el propio puerto. En realidad, mero campamento de tiendas de campaña, donde fueron acogidos medio millar de ex-combatientes varones. En cualquier caso, en el barco continuaron permaneciendo no menos de 1.500, en las condiciones más lamentables. El abandono en que se hallaban esos infelices se pone de manifiesto, por ejemplo, por el hecho de que hasta el 27 de abril no fuera autorizada una desinfección general del buque y de sus ocupantes. Para entonces, varias epidemias locales habían hecho presa en ellos, se habían producido al menos dos suicidios, amenazaba un brote de tifus que se hubiera extendido a la ciudad, y hacía un mes que el *Stanbrook* se hallaba en puerto. Vacunados y fichados todos los pasajeros, al fin les fue autorizado bajar a tierra, pero como en el caso de quienes les precedieron, sin ponerles en libertad.

Tanto éstos como los ubicados en los albergues, fueron divididos en dos grandes grupos. De un lado, los ex-combatientes, es decir, la totalidad de los varones mayores de edad, entre 19 y 58 años. Y de otro, las mujeres, niños y hombres mayores de 58 años, tipificados como ancianos, y ciertamente lo eran, o lo parecían, a juzgar por las condiciones en que llegaban. Los primeros fueron conducidos por la gendarmería y soldados senegaleses a los campos de Morand y Suzzoni, en los desolados parajes de Boghari

y Boghar, y desviados luego no pocos de ellos a los campos de Miliana, Rêlizane y otros. Todos por igual inmundos agujeros formados por barracones de madera rodeados de alambradas y carentes del equipamiento imprescindible, donde se enfrentaron a una existencia penosa, siendo, además, objeto de despiadada represión. En cuanto a los otros, los considerados civiles, se les internó en prisiones de la ciudad y alrededores, o bien fueron remitidos a los campos *familiares* de Molière, Carnot u Orleansville, en el departamento de Argel, o al de Cherchell, habilitado también para algunos intelectuales.

Pocos fueron quienes lograron embarcarse para Francia o América, como era el deseo de la mayoría, y todavía menos los que optaron por la repatriación, ante el temor de previsibles represalias. De forma que esos inhóspitos campos, o las propias cárceles, fueron su hogar por largo tiempo. En unos y en otras, aunque las condiciones de alimentación e higiene algo mejoraron respecto a las terribles que vivieron en el *Stanbrook*, dejaban mucho que desear, y el régimen de esos centros, auténticamente carcelario, era de una dureza extrema. Se comprende que los más débiles o enfermos no lograsen sobrevivir. Cuando en mayo de 1939 una misión internacional recorrió estos tórridos y desmedrados establecimientos, quedaron fuertemente impresionados por las inhumanas condiciones que allí se daban, al punto de vaticinar que, de permanecer aquéllas, difícilmente los internos podrían sobrevivir a medio plazo.

Hay que decir, sin embargo, que lo peor estaba por llegar: los campos de trabajo, situados todavía más al sur, en plena estepa predesértica o en el desierto mismo. Ello sucedió cuando, a partir del armisticio de junio de 1940, el régimen colaboracionista de Vichy procedió a practicar una depuración sistemática de los refugiados considerados más peligrosos o refractarios. El objetivo era mantenerlos aislados, incluso de los patriotas demócratas franceses encerrados en la fortaleza de Djènièn Bou Rezg, que acogió también a judíos y a nacionalistas musulmanes,

o de los del campo de Bossuet, donde fueron internados 500 deportados llegados de Francia, o bien de los *rojos* españoles remitidos por Pétain y encerrados en Djelfa. Aquellos pasajeros del *Stanbrook* que fueron a parar a campos de trabajo («de trabajadores extranjeros», se les llamaba oficialmente) sufrieron unas condiciones laborales y de vida insostenibles, por falta de alimentos, higiene y descanso, y una disciplina durísima, al punto de perecer no pocos de hambre, sed y agotamiento, o a consecuencia de heridas infectadas.

La caída del régimen de Vichy, sumada a la presión del sector mayoritario de la población europea de Argelia, de ideología democrática, hizo más tolerable la vida de éstos y los demás refugiados. De entrada, «albergues» y campos fueron cerrados, uno tras otro. Quienes decidieron permanecer en territorio argelino, pudieron hacerlo ahora con entera libertad. De momento, fueron pocos quienes optaron por retornar a España. La mayoría de ellos no lo haría hasta la tardía fecha de 1962, con ocasión del éxodo europeo ocasionado por la independencia de Argelia, si bien un pequeño grupo que había apoyado a los nacionalistas musulmanes (el FLN) frente a Francia, pudo continuar en el país.

En cuanto al *Stanbrook*, el buque quedó en puerto durante más de un mes. De hecho, embargado por la Administración colonial hasta que alguien se responsabilizara de los gastos ocasionados por el mantenimiento de los refugiados antes del desembarque y su instalación posterior, operación deliberadamente ralentizada en parte por este motivo. Estimada la deuda en 250.000 francos, fue rebajada después a 170.000, cifra abonada por el SERE (Servicio de Evacuación de Republicanos Españoles) a través de su oficina en Orán, operación coordinada por Rodolfo Llopis. Fue entonces cuando pudo bajar a tierra el último millar de pasajeros, en realidad prisioneros retenidos como rehenes en tanto no fuera liquidada la deuda. Aparte de que, por ser considerados como más peligrosos

(cenetistas y comunistas) por las autoridades oranesas, éstas preferían tenerlos en el buque a buen recaudo. Abonado el débito y desembarcado el último refugiado, la embarcación pudo hacerse a la mar el 1º de mayo de 1939.

Tras su salida de Orán se pierde la pista del *Stanbrook*. Meses más tarde se supo que había sido hundido frente al puerto belga de Amberes por un submarino alemán. Ello sucedió el 18 de noviembre de 1939, pereciendo en el desastre la práctica totalidad de quienes iban a bordo, incluido el capitán Dickson. La noticia, al conocerse en Orán, fue recibida por los pasajeros españoles con consternación y dolor. Tal fue el trágico final del mítico *Stanbrook* y de su benemérita tripulación.<sup>14</sup>

Argelia, destino principal del exilio español en el norte de África

Ha quedado referido cómo en tanto, durante la Guerra Civil, la colonia española, y el colectivo europeo en general, repartió sus simpatías entre ambos contendientes, de acuerdo con su extracción social e ideología, ahora sucedió lo mismo ante la llegada de los refugiados, acogidos fríamente por las autoridades francesas, tanto por los gastos adicionales que conllevaba su presencia para la Administración pública, como por los problemas derivados de una posible contaminación ideológica de la población (la europea y judía, en particular) al contacto con los refugiados. Pero, sobre todo, entre los españoles de antiguo asentamiento, o descendientes de españoles, polarizados ya en dos bandos enfrentados con ocasión de la contienda civil en España.

En tanto la mayoría, de base popular, incluidos amplios sectores de las clases medias, estuvo al lado de la República, a la que apoyaron con importantes donativos, obras sociales e incluso voluntarios, los ambientes socialmente más elitistas, reforzados con sectores populares de ideología conservadora (las asociaciones católicas, por ejemplo) estuvieron con Franco,

a quien brindaron su más firme apoyo. Socorro Rojo y Auxilio Social funcionaron simultáneamente en el Oranesado al servicio de las respectivas causas, y en Orán, la capital departamental, mientras el Centro Español o la Casa de España (Casa de la Democracia desde 1939), la asociación hispana más influyente, se inclinó del lado de la República durante la guerra, organizando actividades diversas en su favor y recaudando fondos, su rival, el Ateneo Español, se decantó con igual firmeza y entusiasmo por el bando adverso, que contó además con la Cámara de Comercio y con Beneficencia Española, también de tendencias pro-franquistas.<sup>15</sup> Simpatías y apoyos que se manifestaron ahora en igual dirección en relación a los exiliados.

Desde septiembre de 1939, con la entrada de Francia en guerra, los refugiados se hicieron imprescindibles para suplir la mano de obra movilizada, y, por tanto, algo mejoró su situación. Aunque más en la metrópoli que en el Norte de África, donde los campos de trabajo no desaparecieron hasta el desembarco aliado en Casablanca, seguido de la rápida liberación de Marruecos y Argelia, en 1942. Declinó primero, y cesó más tarde, la propaganda franquista, hasta el momento eufórica y agresiva, que al dar por hecha la cesión del Oranesado a España como contrapartida a la que parecía inminente entrada de ésta en la contienda mundial junto a Alemania, sembró profunda inquietud entre los refugiados, pero también entre los colonos franceses, incluidos ambientes conservadores, pero no fascistas, como la jerarquía eclesiástica oranesa, que hubo de desautorizar públicamente las actitudes más provocadoras y los gestos más imperativos que día tras día se prodigaban en la calle y desde los medios de comunicación.<sup>16</sup> Unas iniciativas autorizadas, cuando no organizadas y financiadas, por los agentes consulares españoles, varios de los cuales, tanto en Argelia como en Marruecos, eran furibundos antirrepublicanos, que en su día fueron separados del servicio por el Gobierno de la República por haberse pasado a la causa de Franco a la

que, reintegrados a sus empleos con todos los honores, servían ahora con tanto entusiasmo como prepotencia.<sup>17</sup>

Como ya se ha mencionado, el número de refugiados estables en Argelia puede cifrarse en unos 10.000, si bien casi otros tantos se sirvieron de este país como refugio transitorio o para pasarse de zona en el curso de la Guerra civil, y desde abril de 1939 como lugar de paso para saltar a otros destinos. Los exiliados que pudiéramos conceptualizar como estables pueden ser tipificados en tres grupos: los civiles, que hallaron trabajo en la empresa privada, que fueron los menos; los ex-combatientes, internados en campos de trabajo, que fueron los más numerosos por quedar dispuesto así con carácter casi obligatorio a partir de un decreto gubernativo francés de 12 de abril de 1939, y quienes fueron objeto de especial vigilancia y represión en campos de castigo.

Algo hemos referido ya respecto a unos y otros campos al tratar del triste sino de los más de dos millares y medio de refugiados llegados a Orán desde Alicante en el *Stanbrook* en marzo de 1939. Ambos tipos de centros fueron sometidos a régimen militar, instalados en condiciones harto precarias, alimentación insuficiente, con jornadas de trabajo agotadoras poco o nada remuneradas, trabajos muy duros (infraestructuras, minas, carreteras, tendidos ferroviarios —en particular, el Transahariano—) y sometidos los internos a coacciones y castigos tan desmesurados como arbitrarios, de forma que, tras el desembarco norteamericano, en 1942, algunos de los cuadros directivos de esos centros fueron procesados por crímenes contra la humanidad y sentenciados a severas penas, incluidas varias condenas de muerte.<sup>18</sup>

Un rasgo positivo del exilio de 1939 en el Norte de África, como en Europa y América, fue que, a diferencia de la mayor parte de las emigraciones políticas españolas del siglo XIX, aquél contó con recursos propios, que si bien no alcanzaron a su sostenimiento, sí aliviaron,

en parte, la triste suerte de los emigrados. Ello fue posible por la expatriación casi en bloque de los cuadros dirigentes del régimen caído, y por su permanencia y funcionamiento en la emigración.

Como es sabido, los recursos disponibles fueron administrados y gestionados por dos organismos principales: el ya mencionado SERE (Servicio de Evacuación de Republicanos Españoles, llamado luego Servicio de Emigración de Republicanos Españoles) y la JARE (Junta de Auxilio a los Republicanos Españoles). El SERE fue el primero en entrar en funcionamiento. Organizado por el doctor Juan Negrín, militante socialista y presidente del último Gobierno de la Segunda República con anterioridad al exilio, tuvo por objeto el socorro de los emigrados, destinando a tal fin fondos colocados en el extranjero a la vista de la inminencia de la derrota y exilio. Se desconoce con precisión la cuantía de tales recursos, pero los indicios disponibles indican que eran cuantiosos (varios millones en efectivo, y diferentes depósitos de valores en Francia y otros estados europeos).<sup>19</sup> Fondos todos ellos utilizados para aliviar la situación de los colectivos españoles expatriados, incluidos los de Argelia y los otros países norteafricanos, y financiar su traslado, en lo posible, a la América hispana.

En cuanto a la JARE, su origen y el de los recursos manejados por este organismo se halla en los fondos bancarios requisados a particulares por el gobierno de la República (dinero y sobre todo cajas de depósitos con joyas, valores y obras de arte), y exportados a varios países en vísperas de la derrota. En concreto, los situados en Francia, y especialmente las cajas depositadas en la Embajada de España en París. El endurecimiento del Gobierno francés del régimen de Vichy, tras la derrota, respecto a los refugiados españoles, incluido el SERE, cuyos bienes fueron ocupados y sus actividades interrumpidas temporalmente, incluidas seis expediciones de refugiados con destino a México, una de las cuales organizadas en el Norte de África, fue

burlado en parte con el embarque clandestino de los depósitos de la Embajada (150 cajas) en el *Vita*, yate en su día incautado por la República, todo lo cual fue remitido a México con destino al doctor José Puche, representante del SERE en ese país.

A la llegada del buque, Puche no se encontraba en México. Pero sí Negrín, quien autorizado por el presidente mexicano Lázaro Cárdenas, pudo hacerse cargo del buque y su cargamento. Prieto, apoyado por otros altos dirigentes del régimen caído, y desconociendo la autoridad de Negrín, solicitó y obtuvo de la Diputación Permanente de las Cortes de la República autorización para gestionar y administrar los recursos del *Vita*. A tal efecto fue creada la JARE, habiéndose estimado el montante de los fondos a su cargo en torno a los 50.000.000 de dólares.<sup>20</sup>

Con la aparición de la JARE, el exilio quedó definitivamente escindido en dos corrientes enfrentadas, polarizadas por Negrín y Prieto, división que venía de atrás, como se puso ya de manifiesto durante la contienda civil. Refiere Amaro del Rosal en su *Historia de la UGT en la emigración*<sup>21</sup> que la actuación de Prieto y la creación de la JARE fue básicamente coyuntural y oportunista, apoyada por «...grupos minoritarios escisionistas» que usurpaban falsamente las siglas de sus respectivas organizaciones. Rosal tacha a sus dirigentes de filocomunistas y comunistas embozados, por cuanto, según este autor y dirigente ugetista, el grueso de las asociaciones y partidos mayoritarios, tanto obreros como burgueses, desde el PSOE, UGT y CNT, a Izquierda Republicana, Esquerra Republicana o el PNV, pese a sus discrepancias en cuestiones concretas, estuvieron con Negrín y el Gobierno de la República en el exilio respaldado por el SERE.

En cualquier caso, la aparición de la JARE supuso un estimable incremento de la ayuda a los exiliados durante más de tres años, siquiera hasta noviembre de 1942, en que el nuevo Presidente mexicano, Ávila Camacho, pasó a con-

trolar los fondos de la asociación.<sup>22</sup> Esas ayudas no dejaron de llegar también a los refugiados en Argelia y los otros países norteafricanos de acogida, financiando su traslado desde Francia, y, en ocasiones, su marcha a diferentes países del hemisferio occidental, pero también, y sobre todo, facilitando el asentamiento de la mayoría en las ciudades del litoral argelino, y socorriéndoles en sus necesidades más perentorias. Solamente en los meses que median entre la constitución de la JARE, en el otoño de 1939, y junio del siguiente año, se calcula en 20.000.000 de francos la ayuda remitida desde México.<sup>23</sup> Bien es cierto que, aquí como en Francia y en los otros países de acogida, tal ayuda fue objeto de distribución muy desigual, quedando varios millares de refugiados sin socorro alguno, mientras que quienes apoyaron a Prieto en su enfrentamiento con Negrín recibieron trato de privilegio.

A partir de 1942, con la clausura de los campos de concentración y de castigo, el reagrupamiento de los exiliados en centros urbanos sobre todo, pero también rurales, y su creciente incorporación al mercado laboral, posibilitará rápidos progresos en su inserción en la sociedad franco-argelina. Sin perjuicio de incorporarse no pocos de ellos a las entidades ya existentes de tipo social y cultural, las españolas sobre todo, organizarán las suyas propias, incluidas las políticas, en realidad reactivación de las de España anteriores al exilio. El PSOE sobre todo alcanzaría considerable pujanza, organizados sus miembros en asociaciones locales. La de Orán llegó a contar con 447 militantes, número sólo comparable a la de México por esas fechas. De su relevancia baste decir que las asociaciones norteafricanas que le seguían en importancia en cuanto a número de afiliados, las de Casablanca, Argel, Ujda y Túnez, no pasaban de 250, 130, 61 y 56 militantes.<sup>24</sup>

En febrero de 1944 se celebró en Orán un Congreso, del que salió una ejecutiva sin antecedentes notorios en el Partido, dado que las figuras relevantes habían marchado a México.



La Presidencia y Secretaría General correspondieron a Manuel Rodríguez e Ildefonso Torregrosa. Debido, sin duda, a ello, el Congreso adoptó resoluciones independientes respecto a la línea marcada desde América por la Comisión Ejecutiva del PSOE, controlada por los históricos. Especialmente su explícita manifestación de repudio al PCE, por lo que consideraba su nada transparente actuación en la fase final de la Guerra civil y luego en los primeros tiempos del exilio. En septiembre de 1943 reapareció la revista *Renovación*, y en mayo del siguiente año el periódico *El Socialista*, uno y otro en sus versiones norteafricanas, y autodenominados portavoces del PSOE en África del Norte. Seguidamente, Wenceslao Carrillo fue designado representante de los socialistas de esta extensa región en las organizaciones internacionales del partido.<sup>25</sup> Tanto los militantes socialistas como los comunistas (también muy numerosos), y los encuadrados en otras corrientes ideológicas, o quienes se mantuvieron al margen de adscripciones concretas, y que por circunstancias diversas no pudieron o quisieron volver a emigrar a Europa o América, optaron por permanecer en Argelia, a la espera de poder emprender algún día el regreso a la patria añorada.

En cuanto a los intelectuales españoles emigrados, aunque visitaron Argelia muchos y notorios entre 1936 y 1945 de paso hacia América o bien con destino a Francia, Reino Unido, la URSS y otros países europeos de acogida, entre los más relevantes ninguno permaneció en territorio argelino. Sí los hubo, por el contrario, franco-argelinos, por lo general simpatizantes del bando republicano, incluidos varios de ascendencia española, tales como Jean Pelégri, Louis Bertrand, Jean Senac y Enmanuel Roblès, o el posteriormente Premio Nobel de Literatura, Albert Camus. Casi todos ellos militantes en partidos de izquierda, y algunos, incluso, excombatientes como voluntarios en las Brigadas Internacionales.

Los hubo incluso españoles naturalizados durante toda su vida o parte de ella. En este último

caso Max Aub, nacido en París en 1903 e hijo de padre alemán. Instalado con su familia en España en 1914, y nacionalizado español, formado en la carrera diplomática y escritor de mérito, durante la Guerra Civil fue agregado cultural de España en París y subcomisario español en la Exposición Universal de 1937. Refugiado en Francia en febrero de 1939, por presiones ante las autoridades de Vichy del embajador franquista José Félix de Lequerica, quien presentó a Aub como peligroso «comunista», «revolucionario» y, finalmente, como «alemán judío» naturalizado español por la República, fue deportado a Argelia en 1942 e internado en el siniestro campo de Djelfa. Liberado con sus restantes compañeros de infortunio tras el desembarco norteamericano, y habiendo rescatado su nacionalidad francesa de origen, pasó a México donde escribió la mayor parte de su obra.<sup>26</sup>

#### Túnez y Marruecos, destinos alternativos. El final del exilio

El que Túnez, y no Marruecos, fuera el segundo país de acogida de exiliados republicanos españoles en el Norte de África en cuanto a número de refugiados se debe a un hecho circunstancial. El 5 de marzo de 1939, sublevada en Cartagena la flota de la República surta en ese puerto (tres cruceros, ocho destructores y un submarino) bajo el mando del contralmirante Miguel Buiza, se hizo a la mar con destino a la base naval de Mers-el-Quebir (Mazalquivir), antepuerto de Orán, desde donde las autoridades francesas la desviaron a Argel y desde aquí a la también base naval de Bizerta, en Túnez. Llevaba a bordo 4.173 personas, todos miembros de la tripulación, excepto unos 300 civiles, de los cuales 20 eran mujeres y cinco niños.<sup>27</sup>

Escortada y desarmada la flota por un crucero y dos cañoneras francesas, quedó a la espera de los agentes de Franco para hacerse cargo de los buques y regresar a España. El internamiento de tripulaciones y pasaje en el improvisado campo de Meheri-Zebbeus se hizo en condicio-

nes tan inhumanas, que la mitad de los internados (2.357) optaron por regresar a España, prefiriendo en ella la cárcel e incluso la muerte, al espantoso final que parecía aguardarles en aquel apartado paraje perdido en las arenas del desierto.<sup>28</sup>

Figuraban entre los retornados buena parte de los cuadros de mando, dado que en Túnez solamente quedaron cinco de los once comandantes de buques. Varios de los jefes que optaron por el retorno, así como diferentes mandos subalternos e individuos de tropa, de regreso, tan pronto pusieron el pie en tierra fueron fusilados. Parte ésta de una represión mucho más amplia y sistemática prolongada en la urbe departamental hasta bien entrado 1945.<sup>29</sup>

La suerte de quienes permanecieron en África no resultó ser mejor durante su duro internamiento inicial de tres años, hasta la caída del régimen de Vichy. Repartidos entre el mencionado campo (junto a la lejana ciudad de Gafsa) y otro establecido después en Kasserine, en realidad campos de trabajos forzados, en este último se explotaba a los internados a cambio de un mísero estipendio que no alcanzaba para subsistir, manteniéndoseles tan aislados del mundo exterior que no se les permitía leer la prensa, se les retenía o censuraba la correspondencia y eran presionados para ingresar en la Legión Extranjera, cosa que hizo, entre otros, el contralmirante Buiza, muy afectado por el suicidio de su esposa, enrolándose como simple legionario. Años después (1963) moriría oscuremente en el más completo olvido en el asilo de Beau-Sejour de Hyères.

El rigor del campamento —denuncia el historiador tunecino Abd-el-Hakim El Gafsi—,<sup>30</sup> más propio de delinquentes comunes que de militares extranjeros en un país con el que España no había estado en guerra, provocaba numerosos intentos de huida, que la prensa socialista y comunista [francesa] aprobaban, por las condiciones de vida existentes en los campamentos. También se multiplicaron las protestas de organismos internacionales con sede en París.

Con la entrada de Francia en la contienda mundial mejoraron algo las condiciones de vida de los refugiados, solicitados por el mercado de trabajo para cubrir puestos vacíos por la movilización. Tanto más por cuanto su obtención no resultaba difícil, dada la especialización de los marinos en profesiones de tipo técnico, a diferencia de los refugiados en Argelia, por lo general mano de obra poco cualificada. De otro lado, siendo en su mayoría ex-combatientes, que no población civil, merecieron atención prioritaria de las asociaciones de ayuda a los exiliados. En especial la JARE. En febrero de 1940, Nicolau d'Olwer y el representante de los refugiados en Túnez, Julián Sánchez Erostarbe, ex-jefe del Estado Mayor de Marina en el Ministerio de Defensa Nacional de la República Española, de acuerdo con M. Labonne, residente general en Tunicia, y con el gobierno del monarca tunecino bajo protección de Francia, acordaron el envío de 10.000.000 de francos franceses, destinados al socorro y reasentamiento de los refugiados españoles, cantidad que fue remitida desde México en varias mensualidades.<sup>31</sup>

En realidad, la JARE pretendía destinar ese dinero más que a socorros y reasentamiento del colectivo de refugiados ya existente en Túnez, a introducir nuevos exiliados desde Francia, de donde urgía sacarlos por peligrar allí su seguridad. De otro lado, en su caso, el traslado a México y otros destinos resultaba más factible desde el Norte de África que desde Europa. Por su parte, Labonne esperaba contrarrestar con estos españoles la preponderancia de la comunidad italiana (mayoritariamente de ideología filofascista) en el conjunto de los residentes europeos.

Un Servicio Central de Trabajadores Españoles, establecido por las autoridades francesas en el país, propició el acceso de los refugiados a contratos laborales privados, al tiempo que se ponían en funcionamiento empresas semiestatales, como la colectividad agrícola inmediata al campo de Kasserine, que ocupó a dos centenas de trabajadores, e incluso fue autorizada

una Caja de Socorros Mutuos para auxiliar a los parados.<sup>32</sup> Pero la mayoría de éstos y otros proyectos puestos en marcha no pasaron de tales, porque la forzada residencia en campos resultaba poco compatible con el trabajo libre, la masiva introducción de nuevos refugiados desde Francia tampoco resultó factible, y porque los marinos, aunque técnicos capacitados por lo general, carecían de las cualidades propias de los hombres de empresa, para sacar adelante tales proyectos. La ocupación alemana de Francia asestó el golpe de gracia. De los diez millones de francos enviados desde México, siete y medio habían sido invertidos en bonos del Estado francés, que fueron bloqueados por orden judicial y no pudieron rescatarse hasta 1946, año en que las autoridades de la Francia Libre levantaron el embargo.<sup>33</sup>

Para entonces, el número de los refugiados no pasaba del medio millar. Tras el cierre de los campos, unos marcharon a Francia e Iberoamérica, otros fueron retornando a España, y los restantes se establecieron definitivamente en el país, no pocos de los cuales se casaron con mujeres italo-tunecinas. «En los primeros años —refiero en otro lugar—<sup>34</sup> alcancé a conocer en La Goleta, antepuerto de Túnez, a uno de ellos, ex-oficial de la Armada ya fallecido, cuyo nombre prefiero omitir, propietario de un modesto café en el puerto, y cuya esposa, la *signora* Rossina, ayudaba a sacar adelante a la familia regentando en la planta superior del mismo un pequeño taller de costura». Un matrimonio encantador, cuya andadura vital fue la de tantos otros emigrados sobrevivientes en el exilio.

En cuanto a Marruecos, la afluencia de refugiados fue menor, aunque también los hubo. A ellos hay que sumar los numerosos antifascistas detenidos entre los colectivos de españoles residentes, especialmente en las principales ciudades de la costa atlántica desde Tánger a Mogador. Varios centenares fueron enviados al campo de Missouri, en un paraje desértico y malsano, o bien confinados en el presidio de Port-Lyautey (hoy Kenitra), y en diferentes cár-

celes.<sup>35</sup> En esta última ciudad, Consuelo Soldevilla<sup>36</sup> computa hasta 1.516 refugiados. La suerte de todos ellos cambió con el desembarco aliado y consiguiente sustitución de las autoridades de Vichy por las de la Francia Libre.

Desde el lustro final de los años cuarenta y en la siguiente década, las asociaciones de exiliados en el Norte de África, aunque sobrevivientes, entraron en franco declive. Tanto por la disminución de sus efectivos bajo el impacto del retorno, favorecido por la relativa apertura del régimen de Franco en su afán de poner fin a su aislamiento y mejorar su imagen internacional, como por el acceso de no pocos españoles a la nacionalidad francesa. Muy especialmente los asentados en Argelia.

También perjudicó a las asociaciones de emigrados sus enfrentamientos internos por cuestiones ideológicas. En particular, entre comunistas y los demás. Ello no dejó de deteriorar su imagen ante la restante comunidad española, y ante los europeos en general, de forma que el número de sus militantes disminuyó considerablemente y sus actividades políticas, sociales y culturales apenas hallaban eco entre el colectivo español en su conjunto, sucediendo lo mismo con las pocas publicaciones periódicas que, de forma irregular y con cortísimas tiradas, lograron continuar sacando. Después de 1950, tales asociaciones, sin apenas eco entre sus correligionarios de Europa y América, no pasaban de ser reducidos círculos de ancianos, dado que los jóvenes de igual ideología, mantuvieran o no la nacionalidad española, se adscribieron a partidos y asociaciones franceses, o simplemente abandonaron toda militancia.

Tras la independencia de Marruecos en 1956, retornaron a España la mayoría de los exiliados, del mismo modo que sucedió con los emigrantes económicos. Pero dado que el proceso descolonizador de ese país no fue traumático, permanecieron en el mismo algunos grupos con efectivos de corta cuantía. Sobre todo en Tánger, Casablanca y otras ciudades del litoral atlántico.

En Argelia fue diferente. Los españoles residentes, exiliados o no, se vieron directamente implicados en la larga y cruenta Guerra de liberación argelina. Cuando en 1954 estalló la revolución nacionalista, el colectivo español (unos 54.000 individuos) estuvieron en general del lado francés, con el que se identificaban sus intereses. Sólo unos pocos, en su mayoría exiliados, que lo mismo que algunos nacionalistas argelinos identificaban la causa de la Francia ocupante con la del franquismo opresor en España, según hace notar en sus memorias el refugiado anarquista José Muñoz Congost,<sup>37</sup> apoyaron al Front de Liberation National (FLN), y por ello figurarían entre los 50.000 europeos que permanecieron en Argelia al llegar la independencia en 1962, bien por haber sido pro-nacionalistas activos o por no hallarse comprometidos políticamente con la situación colonial.<sup>38</sup> Los demás, casi un millón de personas, tuvieron que abandonar precipitadamente el país, con pérdida de sus patrimonios y, en cierta forma, casi de su identidad (ni eran considerados franceses en Francia ni argelinos en Argelia), dejando detrás una estela de muerte y desolación (táctica de tierra calcinada de la Organisation de l'Armée Secrete, OAS). Duro trance que para los antiguos exiliados que optaron por marcharse, venía a ser como un segundo exilio. Entre ellos había (los menos) simpatizantes del movimiento nacionalista argelino, y, por tanto, estaban mal vistos por sus compañeros de forzada emigración. No eran unos inconsecuentes, porque dejando a un lado las ideologías, se comprende que la permanencia en país musulmán, arabófono y presa de muy vivos resentimientos antieuropeos al término de tan cruenta lucha, resultase poco atrayente para unos ancianos europeos o para unos jóvenes de educación francesa.

No pocos buscaron refugio en España, a donde llegaron directamente o vía Francia. Unos 60.000 *pieds-noirs*,<sup>39</sup> en su mayoría de ascendencia española, o bien de otras procedencias, pero en ambos casos buscando afinidades de clima, paisaje, costumbres, etc. respecto a la patria

perdida. Aproximadamente la mitad se instalaron en la provincia de Alicante, ocupándose sobre todo en el sector hostelero.<sup>40</sup>

En cuanto a quienes permanecieron en Argelia, casi todos optaron por la nacionalidad argelina. Pequeños propietarios rurales y modestos menestrales, por lo general casados con mujeres del país, pero también algún que otro profesional de las artes liberales, entre los cuales varios sacerdotes comprometidos con las tesis independentistas. Incluido uno de los canónigos de la catedral de Orán, monseñor Berenguer, de ascendencia española, quien durante la Guerra de Independencia recorrió Iberoamérica dando a conocer la causa argelina y recabando ayuda económica para la misma, y que tras la independencia fue elegido diputado por el FLN, e incluido entre los héroes nacionales de la nueva Argelia.

## NOTAS

- \* Catedrático de Historia Contemporánea, Facultad de Letras, Universidad de Murcia: Campus de la Merced (C/ Sto. Cristo, 1), 3000 Murcia; e-mail: jbtvilar@um.es.
- 2 VILAR, J. B.: *La España del exilio. Las emigraciones políticas españolas en los siglos XIX y XX*. Madrid, Síntesis, 2006, p. 17.
- 3 *Ibidem*, p. 333.
- 4 ABELLÁN, J. L. (dir.): *El exilio español de 1939*. Madrid, Taurus, 1976-1978, 6 vols. (vol. II: *Introducción*). Percepción, la de J. L. Abellán, que mantiene plena vigencia. Véase a este respecto las recientes aportaciones de CUESTA, J. y BERMEJO, B. (coords.): *Emigración y exilio. Españoles en Francia. 1936-1946*. Madrid, Eudema, 1996; A. ALTED, *La voz de los vencidos. El exilio republicano de 1939*. Madrid, Aguilar, 2005; y J. CANAL, «Los exilios en la historia de España», en J. Canal (ed.): *Exilios. Los éxodos políticos en la historia de España*. Madrid, Sílex, 2007, pp. 12-13.
- 5 Véanse, VILAR, J. B.: *Emigración española a Argelia (1830-1900). Colonización hispánica de la Argelia francesa*. Madrid, CSIC, 1975; VILAR, *Los españoles en la Argelia francesa (1830-1914)*. Prólogo de J. M.<sup>a</sup> Jover. Madrid-Murcia, Centro de Estudios Históricos (CSIC)-Univ. de Murcia, 1989; BONMATÍ ANTÓN, J. F.: *Españoles en el Magreb, siglos XIX y XX*. Madrid, Mapfre, 1992; VILAR, J. B. y VILAR, M.<sup>a</sup> J.: *La emigración española al Norte de África, 1830-1999*. Madrid, Arco-Libros, 1999; VILAR,

- J. B.: «Los alicantinos en la Argelia francesa», *Anales de la Universidad de Alicante. Historia Contemporánea*, 1 (1983), pp. 127-161; VILAR, J. B.: «Inmigration et présence espagnoles en Afrique du Nord (XIX<sup>e</sup>. et XX<sup>e</sup>. siècles)», *Migrance* (París), n.º 21, pp. 10-27.
- <sup>6</sup> VILAR, J. B.; VILAR, M.<sup>a</sup> J.: *La emigración española al Norte de África...*, *op. cit.*, p. 32.
- <sup>7</sup> AUB, M.: *Diario de Djelfa*. México, Unión Distribuidora de Ediciones, 1944.
- <sup>8</sup> RAMOS, V.: *La Guerra Civil (1936-1939) en la provincia de Alicante*. Alicante, Bibl. Alicantina, 1974, vol. III; SANTOJA, A.: *Les derniers jours de la République à Alicante. La tragedie du port (mars 1939)*. Nantes, Université, 1983.
- <sup>9</sup> SANTOJA, *Les derniers...*, *op. cit.*; CARRILLO, W.: *Cómo terminó la guerra de España*. Toulouse, Publ. de la Junta Socialista de España, 1945; ROMERO, L.: *El final de la guerra*. Barcelona, Ariel, 1967.
- <sup>10</sup> CARRILLO, *op. cit.*; ROMERO, *op. cit.*; SANTOJA, *op. cit.*
- <sup>11</sup> MARTÍNEZ LEAL, J.: «El Stanbrook. Un barco mítico en la memoria de los exiliados españoles», *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea* (Univ. de Alicante), 4 (2005), pp. 65-81; ESCUDERO GALANTE, F.: Pasajero 2.058. *La odisea del Stanbrook y del exilio republicano que partió del puerto de Alicante*. San Vicente (Alicante): Ed. Club Universitario, 2002; TORRES, R.: *Los naufragos del Stanbrook*. Sevilla, Algaida, 2004; VILAR, J. B.: «El viaje del Stanbrook y el exilio en Argelia», en R. C. Torres Fabra y M. Orts Montenegro (coords.): *Exilio y represión franquista*, vol. 16 de A. Girona Albuixech y M. Santacreu Soler (dirs.): *La Guerra Civil en la Comunidad Valenciana*. Badalona (Barcelona), Editorial Prensa Valenciana-Editorial Prensa Alicantina-Critería, 2007, pp. 86-95; VILAR, J. B.: «Guerra Civil, éxodo y exilio. La aventura del Stanbrook, Alicante-Orán, marzo 1939», *Homenaje al Prof. Joaquín Hernández Serna*. Murcia, Universidad de Murcia, 2008 (números 16-17 de *Estudios Románicos*).
- <sup>12</sup> VILAR, J. B.: «La última gran emigración política española. Relación nominal de los militantes republicanos evacuados de Alicante en el buque inglés Stanbrook con destino a Orán el 28 de marzo de 1939», *Anales de Historia Contemporánea*. Univ. de Murcia, 2 (1983), pp. 274-330.
- <sup>13</sup> VILAR, «El viaje...», *op. cit.*, pp. 87-90; VILAR, «Guerra civil...», *op. cit.*, pp. 219-221.
- <sup>14</sup> VILAR, «El viaje...», *op. cit.*, pp. 91-95; VILAR, «Guerra civil...», *op. cit.*, pp. 222-226. *Vid.*, a su vez, referencias en notas 7 y 10 *supra*, y REFANEAU-BOJ, M. C.: *Odyssée pour la liberté*. París, Editions Danoël, 1993.
- <sup>15</sup> BACHOUD, A.: «Exilios y migraciones en Argelia. Las difíciles relaciones entre Francia y España». *Ayer. Revista de la Asociación de Historia Contemporánea*, 47 (2002), pp. 85-97 [monográfico sobre *Los exilios en la España Contemporánea*].
- <sup>16</sup> Amplia información al respecto en RUBIO, J.: *La emigración de la Guerra Civil de 1936-1939. Historia del éxodo que se produce con el fin de la Segunda República española*. Madrid, Ed. San Martín, 1977; DREYFUS-ARMAND, G.: *L'exil des republicains espagnols en France. De la Guerre Civile à la mort de Franco*. París, Ed. Albin Michel, 1999 [hay ed. española]; y SANTIAGO, L.; LLORIS, G.; BARRERA, R.: *Internamiento y resistencia de los republicanos españoles en el África del Norte durante la Segunda Guerra Mundial*. Sant Cugat de Vallès, El Pot, 1981, quienes remiten a las fuentes y bibliografía disponibles.
- <sup>17</sup> CASANOVA, M.: *La diplomacia española durante la Guerra Civil*. Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores, 1996, pp. 56, 108-132, 217-222; PÉREZ RUIZ, J. L.: *Las depuraciones de la Carrera Diplomática española (1931-1980)*. Burgos, Dossolés. Colec. «La Valija Diplomática. 2005. Interesantes observaciones a esta última obra en ÁLVAREZ DE TOLEDO, A.: «Diplomacia y depuraciones en la España del siglo XX (1931-1980)», *Anales de Historia Contemporánea*. Universidad de Murcia, 23 (2007), pp. 615-619.
- <sup>18</sup> Sobre la triste realidad de los campos argelinos véanse las monografías y estudios de J. Rubio, L. Santiago (con G. Lloris y R. Barrera), J. B. Vilar y A. Bachoud, entre otros, citados *supra*, que remiten, además, a testimonios directos y a la bibliografía disponible.
- <sup>19</sup> PLA BRUGAT, D.: «1939», en J. Canal, *Exilios...*, *op. cit.*, p. 244.
- <sup>20</sup> Visión crítica de estos sucesos en ROSAL [DÍAZ], A. del: *El oro del Banco de España y la historia del Vita*. Barcelona, Grijalbo, 1977. Véase también información detallada en OLAYA, F.: *La Gran Estafa. Negriñ, Prieto y el Patrimonio español*. Madrid, Ediciones Libertarias, 1996.
- <sup>21</sup> Barcelona, Grijalbo, 1978, t. I, p. 293.
- <sup>22</sup> HERRERÍN LÓPEZ, A.: *El dinero del exilio. Indalecio Prieto y las pugnas de posguerra (1939-1947)*. Madrid, Síntesis, 2007, p. 2. Véase también LLORÉNS, V.: *El exilio español de 1939*. Madrid, Taurus, 1976; VIÑAS, A.: *El oro español en la Guerra Civil*. Madrid, Instituto de Estudios Fiscales, 1976, y del mismo autor: *El oro de Moscú. Alfa y omega de un mito franquista*. Barcelona, Grijalbo, 1977; MATEOS, A.: *De la Guerra Civil al exilio. Los republicanos españoles y México*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2005.
- <sup>23</sup> HERRERÍN LÓPEZ, *El dinero del exilio...*, p. 103.
- <sup>24</sup> MARTÍNEZ COBO, J.: *La primera renovación. Intrahistoria del PSOE*. Vol. I (1939-1945). Barcelona, Plaza & Janés, 1989, p. 207.
- <sup>25</sup> *Ibidem*, pp. 208-209. Véase, a su vez: BORRÁS, J.: *Políticas de los exiliados españoles. 1944-1950*. Chatillon-sur-Bagneux, Ruedo Ibérico, 1976. Respecto al sindicato socialista, la UGT, muy influida por W. Carrillo desde las páginas de *Oran Socialiste*, véase TCACH, C.; REYES, C.: *Clandestinidad y exilio. Reorganización del sindicato socialista*. Madrid, Fundación Pablo Iglesias, 1986.

- <sup>26</sup> Sobre Aub, disponemos del actualizado estudio de G. MALGAT, «Max Aub y Francia: un escritor español sin papeles. Aportación a la biografía del escritor», en A. Alted Vigil y M. Aznar Soler, *Literatura y cultura del exilio español de 1939 en Francia*. Salamanca, AEMIC-GEXEL, 1998, pp. 143-161. También la fundamental aportación de M. de EPALZA, «Max Aub et les écrivains espagnols exilés en Algérie», J. Dèjeux et D.H. Pageaux (dirs.): *Espagne et Algérie au XX<sup>e</sup>. Siècles. Contacts culturels et création littéraire*. París, L'Harmattan, 1985, pp. 125-140, y la de J. LÉVI-VALENSI, «Camus et l'Espagne», en Dèjeux y Pageaux (dirs.), *Ibidem*, pp. 141-157.
- <sup>27</sup> RUBIO, *La emigración de la Guerra Civil...*, op. cit., p. 79.
- <sup>28</sup> VILAR, *La España del exilio...*, op. cit., pp. 345-346.
- <sup>29</sup> Véase EGEA BRUNO, P. M.<sup>a</sup>: *La represión franquista en Cartagena (1939-1945)*. Murcia, PCPE, 1987, pp. 41-92. Para los antecedentes de esa represión y su especial incidencia sobre los marinos republicanos, consúltese: ALONSO, B.: *La Flota Republicana y la Guerra Civil*. México, BFPI, 1944; ROMERO, L.: *Desastre en Cartagena*. Barcelona, Ariel. 1971; MARTÍNEZ PASTOR, M.: *Cartagena, 5 de marzo de 1939*. Cartagena, Imp. Molegar, 1969; MARTÍNEZ BANDE, M.: *El final de la guerra: La ofensiva final*. Madrid, Ed. San Martín, 1984; ALPERT, M.: *La guerra civil española en el mar*. Madrid, Siglo XXI. 1987; MARTÍNEZ LEAL, J.: *República y guerra civil en Cartagena (1931-1939)*. Murcia, Universidad de Murcia, 1993.
- <sup>30</sup> EL GAFSI [SLAMA], A.: «De Cartagena a Bizerta. Prolongaciones tunecinas de la Guerra Civil española», *Anales de Historia Contemporánea*. Univ. de Murcia, n.º 2 (1983), 259 [pp. 251-63]. Del mismo autor véase: «La situación de los refugiados españoles en Túnez entre 4 de febrero de 1939 y 18 de julio de 1940, según documentos de archivos del gobierno tunecino», *Almenara* (Madrid), n.º 10 (1976-1977), pp. 91-106.
- <sup>31</sup> HERRERÍN LÓPEZ, *El dinero...*, p. 101.
- <sup>32</sup> RUBIO, *La emigración de la Guerra Civil...*, pp. 337-340; DREYFUS-ARMAND, *L'exil...*, op. cit., p. 103 y ss.
- <sup>33</sup> HERRERÍN LÓPEZ, *El dinero...*, pp. 102-103.
- <sup>34</sup> VILAR, *La España del exilio...*, p. 346.
- <sup>35</sup> *Ibidem*, p. 349.
- <sup>36</sup> SOLDEVILLA ORIA, C. (con la colaboración de G. Rueda): *El exilio español (1808-1975)*. Madrid, Arco-Libros. 2001, p. 53.
- <sup>37</sup> MUÑOZ CONGOST, J.: *Por tierras de moros. Móstoles, Madre Tierra*, 1989.
- <sup>38</sup> VILAR, J. B. y VILAR, M.<sup>a</sup> J.: *Las emigraciones españolas al Norte de África...*, op. cit., p. 33.
- <sup>39</sup> VILAR, J. B.: *La España del exilio...*, p. 349; BONMATÍ ANTON, *Españoles en el Magreb...*, p. 68. Véase también JORDI, J.-J.: *De l'exode à l'exil: Repatriés et pieds-noirs en France*. París, L'Harmattan, 1993, pp. 8-11. Del mismo autor: *L'Arrivé des pieds-noirs*. París, Éditions Outremer, 1995.
- <sup>40</sup> SEVA LLINARES, A.: *Alacant. Trenta mil «pieds-noirs»*. Barcelona, Ediciones 62, 1968; SEMPERE SOUVANNAVONG, J. D.: *Les «pieds-noirs» en Alicante. Las migraciones inducidas por la descolonización*. Alicante, Universidad de Alicante, 1997.



## BIBLIOGRAFÍA

- ABELLÁN, J. L. (dir.) (1976-1978): *El exilio español de 1939*. Ed. Taurus, Madrid, 6 vols.
- ALPERT, M. (1987): *La Guerra civil española en el mar*. Siglo XXI, Madrid.
- ALTED, A. (2005): *La voz de los vencidos. El exilio republicano de 1939*. Aguilar, Madrid.
- , y AZNAR SOLER, M. (coords.) (1998): *Literatura y cultura del exilio español de 1939 en Francia*. AEMIC-GEXEL, Salamanca.
- AUB, M. (1944): *Diario de Djelfa*. Unión Distribuidora de Ediciones, México.
- BACHOUD, A. (2002): «Exilios y migraciones en Argelia. Las difíciles relaciones entre Francia y España», *Ayer. Revista de la Asociación de Historia contemporánea*, 47 (2002), 85-97 (monográfico sobre *Los exilios en la España contemporánea*).
- BONMATÍ ANTÓN, J. F. (1992): *Españoles en el Magreb, siglos XIX y XX*. Mapfre, Madrid.
- BORRÁS, J. (1976): *Políticas de los exiliados españoles. 1944-1950*. Ed. Ruedo Ibérico, Chatillon-sur-Bagneux.
- CANAL, J. (ed.) (2007): *Exilios. Los éxodos políticos en la historia de España*. Sílex, Madrid.
- CARRILLO, W. (1945): *Cómo terminó la guerra de España*. Publ. Junta Socialista de España, Toulouse.
- CASANOVA, M. (1996): *La diplomacia española durante la Guerra Civil*, Ministerio de Asuntos Exteriores. Madrid.
- CUESTA, J.; BERMEJO, B. (coords.) (1996): *Emigración y exilio. Españoles en Francia. 1936-1946*. Eudema, Madrid.
- DREYFUS-ARMAND, G. (1999): *L'exil des républicains espagnols en France. De la Guerre Civile à la mort de Franco*. Ed. Albin Michel, París (Hay ed. española).
- EGEA BRUNO, P. M.<sup>a</sup> (1987): *La represión franquista en Cartagena (1939-1945)*. PCPE, Murcia.
- EL GAFSI [SLAMA], A. (1983): «De Cartagena a Bizerta. Prolongaciones tunecinas de la Guerra Civil española», *Anales de Historia Contemporánea*. Univ. de Murcia, n.º 2, pp. 251-63.
- , (1976-1977): «La situación de los refugiados españoles en Túnez entre 4 de febrero de 1939 y 18 de julio de 1940, según documentos de archivos del gobierno tunecino», *Almenara* (Madrid), 10, pp. 91-106.
- EPALZA, M. de (1985): «Max Aub et les écrivains espagnols exilés en Algérie», en J. Déjeux et D. H. Pageaux (dirs.): *Espagne et l'Algérie au XX<sup>e</sup>. Siècles. Contacts culturels et création littéraire*. L'Harmattan, París, pp. 125-140.
- ESCUDERO GALANTE, F. (2002): *Pasajero 2.058. La odisea del Stanbrook y del exilio republicano que partió del puerto de Alicante*. Ed. Club Universitario San Vicente (Alicante).
- HERRERÍN LÓPEZ, A. (2007): *El dinero del exilio. Indalecio Prieto y las pugnas de posguerra (1939-1947)*. Ed. Síntesis, Madrid.
- JORDI, J.-J. (1993): *De l'exode à l'exil. Repatriés et pieds-noirs en France*. Ed. L'Harmattan.
- , (1995): *L'Arrivé des pieds-noirs*. Editions Outremer, París.
- LÉVI-VALENSI, J. (1985): «Camus et l'Espagne», en Déjeux y Pageaux (dirs.): *Espagne et l'Algérie...*, *op. cit.*, pp. 141-157.
- LLORENS, V. (1976): *El exilio español de 1939*. Taurus, Madrid.
- MALGAT, G. (1998): «Max Aub y Francia: un escritor español sin papeles. Aportación a la biografía del escritor», en A. Alted y M. Aznar, *Literatura y cultura del exilio...*, *op. cit.*, pp. 143-161.
- MARTÍNEZ BANDE, M. (1984): *El final de la guerra. La ofensiva final*. Ed. San Martín, Madrid.
- MARTÍNEZ COBO, J. (1989): *La primera renovación. Intrahistoria del PSOE*. Vol. I (1939-1945). Plaza&Janés, Barcelona.
- MARTÍNEZ LEAL, J. (1993): *República y Guerra Civil en Cartagena (1931-1939)*. Univ. de Murcia, Murcia.
- , (2005): «Stanbrook. Un barco mítico en la memoria de los exiliados españoles», *Pasado y Memoria. Rev. de Historia Contemporánea* (Univ. de Alicante), n.º 4, pp. 65-81.
- MARTÍNEZ PASTOR, M. (1969): *Cartagena, 5 de marzo de 1939*. Imp. Molegar, Cartagena.
- MATEOS, A. (2005): *De la Guerra Civil al exilio. Los republicanos españoles y México*. Biblioteca Nueva, Madrid.
- MUÑOZ CONGOST, J. (1989): *Por tierras de moros*. Ed. Madre Tierra, Móstoles.
- PÉREZ RUIZ, J. L. (2005): *Las depuraciones de la Carrera Diplomática española (1931-1980)*. Ed. Dossoles, Burgos.
- RAMOS, V. (1974): *La Guerra Civil en la provincia de Alicante*. Ed. Biblioteca Alicantina, Alicante, vol. III.
- REFANEAU-BOJ, M. C. (1993): *Odysée pour la liberté*. Ed. Danoël, París.
- ROMERO, L. (1967): *El final de la guerra*. Ariel, Barcelona.

- , (1971): *Desastre en Cartagena*. Ariel, Barcelona.
- ROSAL, A. del (1977): *El oro del Banco de España y la historia del Vita*. Grijalbo, Barcelona.
- , (1978): *Historia de la UGT en la emigración*. T. I. Grijalbo, Barcelona.
- RUBIO, J. (1977): *La emigración de la Guerra Civil de 1936-1939. Historia del éxodo que se produce con el fin de la Segunda República española*. Ed. San Martín, Madrid.
- , (1979): *Asilos y canjes durante la guerra civil española. Aspectos humanitarios de una contienda fratricida*. Planeta, Barcelona.
- SANTIAGO, L.; LLORIS, G.; BARRERA, R. (1981): *Internamiento y resistencia de los republicanos españoles en el África del Norte durante la Segunda Guerra Mundial*. Ed. El Pot, Sant Cugat de Vallès.
- SANTOJA, A. (1983): *Les derniers jours de la République à Alicante. La tragedie du port (mars 1939)*. Univ. de Nantes, Nantes.
- SEMPERE, J. D. (1997): *Les «pieds Noirs» en Alicante*. Univ. de Alicante, Alicante.
- SEVA LLINARES, A. (1968): *Alacant. Trenta mil «pieds noirs»*. Ediciones 62, Barcelona.
- SOLDEVILLA ORIA, C. (con la colaboración de G. Rueda) (2001): *El exilio español (1808-1975)*. Arco-Libros, Madrid.
- TCACH, C.; REYES, C. (1986): *Clandestinidad y exilio. Reorganización del sindicato socialista*. Fundación Pablo Iglesias, Madrid.
- TORRES, R. (2004): *Los naufragos del Stanbrook*. Algaída, Sevilla.
- VILAR, J. B. (1975): *Emigración española a Argelia*. CSIC, Madrid.
- , (1983): «La última gran emigración política española. (Relación nominal de los militantes republicanos evacuados de Alicante por el buque inglés Stanbrook con destino a Orán en 28 de marzo de 1939)», *Anales de Historia Contemporánea*. Univ. de Murcia, 2, pp. 273-330.
- , (1983): «Los alicantinos en la Argelia francesa», *Anales de la Universidad de Alicante. Historia Contemporánea*, 1, pp. 127-161.
- , (1989): *Los españoles en la Argelia francesa*. Prólogo de J. M.<sup>a</sup> Jover Zamora. Centro de Estudios Históricos (CSIC)-Univ. de Murcia, Madrid-Murcia.
- , (1992): «Murcianos en el exilio español republicano de 1939 en América: su incidencia cultural sobre los países de destino», en J. B. Vilar (ed.): *Murcia y América*. Fundación Quinto Centenario, Murcia, pp. 57-76.
- , (1993): «La cultura española en Argelia (1830-1962)», en V. Morales Lezcano (ed.): *Presencia cultural de España en el Magreb*. Ed. Mapfre, Madrid, pp. 111-118.
- , (2002): «Inmigration et présence espagnoles en Afrique du Nord (XIX<sup>e</sup> et XX<sup>e</sup> siècles)», *Migrance* (Paris), n.º 21, pp. 10-27.
- , (2006): *La España del exilio. Las emigraciones políticas españolas en los siglos XIX y XX*. Ed. Síntesis, Madrid.
- , (2007): «El viaje del Stanbrook y el exilio en Argelia», en Torres Fabra y Orts Montenegro (coords.): *Exilio y represión franquista*, vol. 16 de A. Girona Albuixech y M. Santacreu Soler (dirs.): *La Guerra Civil en la Comunidad Valenciana*. Ed. Critería, Badalona (Barcelona), pp. 86-95.
- , VILAR, M.<sup>a</sup> J. (1999): *Las emigraciones españolas al Norte de África, 1830-1999*. Arco-Libros, Madrid.
- , (1999): *Las emigraciones españolas a Europa en el siglo XX*. Arco-Libros, Madrid.
- VIÑAS, A. (1976): *El oro español en la Guerra Civil*. Instituto de Estudios Fiscales, Madrid.

